

Mons. Giampietro Dal Toso
Secretario del Consejo Pontificio *Cor Unum*

“LA CARIDAD NO PASARÁ JAMÁS” (1 COR 13,8)
PERSPECTIVAS A LOS 10 AÑOS DE LA ENCÍCLICA *DEUS CARITAS EST*
(CIUDAD DEL VATICANO, 25-26 de febrero de 2016)

CONCLUSIONES

Queridos amigos:

después de haber escuchado todas intervenciones y las reflexiones que hemos compartido, llegamos al momento final de nuestro encuentro en este aula. Concluiremos definitivamente dando gracias al Señor con la celebración eucarística presidida por el card. Sarah, nuestro Presidente emérito. Querría ahora formular algunas conclusiones, a fin de ofrecer una síntesis que pueda ser útil para el trabajo en cada una de las instituciones que aquí representamos.

1. Este congreso ha confirmado la actualidad de la encíclica *Deus caritas est*. No se trata, pues, de un documento del pasado, sino de un documento del presente, que mantiene toda su validez. El Papa dijo esta mañana que la encíclica «conserva intacta la frescura de su mensaje, con el que indica la perspectiva siempre actual para el camino de la Iglesia». Por otra parte, la idea de que la misión de la Iglesia se basa en la reciprocidad entre palabra, sacramentos y servicio de caridad, también está presente en la exhortación apostólica *Evangelii gaudium*. Que la *Deus caritas est* conserve su actualidad significa que las directrices de fondo trazadas en la encíclica no pierden su valor, es más, siguen orientando, hoy todavía con más fuerza, nuestro servicio de caridad. Me parece, por tanto, que la primera consecuencia práctica debería ser releer el texto personalmente e impulsar de nuevo su lectura en el seno de nuestros organismos. De este modo, el espíritu de nuestro congreso llegará a cada una de las realidades que representamos, contribuyendo a reavivar las motivaciones de nuestro compromiso.

2. En concreto, hay algunos puntos de contenido que la reflexión de estos días nos impulsa a compartir. El primero es el concepto mismo de caridad. Cuando el Santo Padre vino a visitarnos a *Cor Unum*, y también esta mañana al recibimos, confirmó la

importancia de la caridad, que —dijo— «está en el centro de la vida de la Iglesia, y es verdaderamente su corazón». El card. Müller indicaba que «la caridad es la vida de Dios, que anima la comunidad de los fieles» y precisaba que «la diaconía como caridad de Cristo es expresión de la naturaleza de la Iglesia». El card. Tagle insistía en que quizá hemos olvidado esta centralidad en la vida de la Iglesia, debilitando así la proclamación del Evangelio y la vida sacramental. Además, demasiado a menudo hemos identificado caridad con limosna, lo cual ha tenido consecuencias negativas para nuestro servicio, por dos razones. Por un lado, hemos convertido en una cuestión financiera una actitud de vida, una virtud cristiana, es más “el nombre de Dios”, de algún modo vaciándolo. Por otro lado, nos hemos visto obligados a utilizar conceptos no cristianos para expresar el corazón del cristianismo. Aquí hemos recordado que la caridad es Dios mismo, y como tal el Dios cristiano se ha manifestado: por eso, la caridad permanece para siempre. En este congreso hemos citado las palabras de san Pablo: «La caridad no pasará jamás». La caridad también es el fin, porque el hombre está llamado a participar de la vida trinitaria que es caridad. Por eso, cada uno de nosotros es invitado hoy a redescubrir y reutilizar el concepto de caridad en sentido pleno. En cada una de las lenguas ha habido una variación semántica: sin embargo, por nuestra parte, podemos comprometernos a utilizar el concepto en su significado pleno, porque transmite el origen divino de la caridad y, por tanto, de nuestro servicio. Precisamente porque expresa la plenitud del significado de lo que hacemos, quizá sea oportuno utilizar el término en la denominación de las respectivas oficinas que gobiernan este sector de la Iglesia. No es suficiente con decir *social* para definir nuestros servicios, habría que decir propiamente *caritativo*.

3. La *Deus caritas est* afirma que es Dios quien nos busca para realizar nuestro bien. Como Dios nos busca para nuestro bien —y nos busca él primero—, análogamente también nosotros buscamos al hombre para realizar su bien. Precisamente esta analogía con el comportamiento de Dios da a entender cuán esencial es la fe para nuestro servicio, porque se inserta en la dinámica misma de Dios y nos ayuda a ver al otro con los ojos de Dios. Se trata de hacer nuestro el amor de Dios para darlo. La insistencia en este aspecto de fe de nuestro servicio no es simplemente por una cuestión de identidad, como si tuviésemos que distanciarnos o distinguirnos de los demás, sino para que cada uno de nosotros asuma la actitud de Dios hacia el hombre al que sirve. Significa comprensión, libertad, paciencia. Significa buscar el bien de la persona y de toda la persona. En la fe asumir la mirada de Dios hacia el hombre significa también tener una visión del hombre como Dios nos lo ha revelado.

4. Así se aborda una cuestión absolutamente central, es decir, la antropología que guía nuestra acción. Podemos plantearnos una pregunta sencilla: ¿qué significa para

nuestro trabajo que el hombre al que servimos es imagen de Dios, querido y creado por Dios, herido por el pecado original, llamado a la eternidad con Dios, constitutivamente unido a la alteridad con la que vive? ¿Acaso podemos considerarlo simplemente un consumidor o una persona que goza de ciertos derechos, sin invitarle a participar en una maduración plena de su ser hombre, cuerpo y alma? Es un hombre libre, que Dios trata con libertad. Por eso, no podemos imponerle nuestra visión, sino que debemos favorecer su libertad. El prof. Asolan, comentando a Jean Vanier, nos pedía que consideráramos al pobre con los ojos del pobre y nos dejásemos interrogar por lo que el pobre es y por lo que pide. Iba incluso más allá, y con un enfoque cristológico: si es verdad que Cristo eligió la cruz, lo encontramos en los crucifijos de nuestro tiempo. Me impresionó la observación del prof. Hadjadj, que incluso indicó que la caridad es la que salva al hombre, espíritu y cuerpo, precisamente en una cultura como la actual, donde la herejía —por recordar las palabras del prof. Hadjadj— no es respecto a la verdad, sino al amor, reducido a sentimentalismo a merced de la tecnología. En cambio, la caridad garantiza justamente la carne. Decía Tertuliano: *caro cardo salutis*, la carne es el quicio de la salvación. Me vuelven a la mente las palabras del Papa, que dice que la caridad debe tocar la carne. Por lo tanto, evitar reducir al hombre a un objeto modificable según nuestros planes, y asumir con valentía los retos que derivan de su corporeidad y su espiritualidad. Me permito sugerir continuar la reflexión acerca de la antropología que nos inspira, y sacar las oportunas consecuencias para nuestra actividad caritativa, sin olvidar que todo esto es fruto de la fe, es decir, de una mirada que corresponde a lo que Dios ha revelado. Las reflexiones y los testimonios nos han indicado también un método: la encíclica *Deus caritas est* dice que la fe es un encuentro. Es decir, al igual que Dios sale a mi encuentro como persona, yo encuentro al otro como persona. El método es el encuentro personal. Estar con el pobre es algo más que solamente dar. Se ha hecho hincapié en el hecho que la relación personal es el primer lugar en el cual realizar caridad y justicia. El servicio al otro no es verdadero servicio si no nos encontramos de persona a persona: el elemento personal antecede a cualquier otro elemento, incluso al estructural.

5. Los retos que hoy tenemos delante son tales que no podemos trabajar solos, sino que debemos buscar compañeros de viaje. La presencia en nuestro congreso de oradores de otras religiones quiere significar que superamos nuestros confines —con palabras del papa Benedicto XVI— para, juntos, ayudar a la persona. La mejor forma de colaboración entre las religiones es contribuir a que el hombre moderno esté atento a la vida del espíritu mediante la cual cambia también su actitud hacia el otro. Es decir, la religión no es motivo de conflicto, sino, al contrario, motivo de encuentro

para introducir en el mundo una fuerza de bien. El fundamento de esto es que para todos nosotros Dios es Creador y ante él tenemos una responsabilidad hacia nuestro hermano. La misericordia que recibimos de él es don de misericordia para nuestros hermanos. La colaboración mutua también vale como estilo para todos nuestros organismos. La complejidad de los problemas actuales nos impulsa a trabajar con los demás, a colaborar. ha surgido el deseo de una mayor colaboración entre los organismos católicos. Es difícil encontrar formas oficiales, mucho queda encomendado a la buena voluntad. *Cor Unum* tiene como tarea institucional propia favorecer la colaboración entre los diversos organismos de caridad de la Iglesia.

6. Otro aspecto es el testimonio. Si nuestra acción parte de Dios, porque él es caridad, significa que habla de él. A veces las palabras acompañan este testimonio, otras veces no es posible. Pero si nos mueve el Evangelio de Cristo, el testimonio de Dios pasa por sí solo. Y precisamente esto es lo que nos distingue del proselitismo, que de alguna manera quiere obligar a la fe. Sin embargo, el testigo sabe que no actúa en su nombre, sino que remite a otro, está allí por otro, que es Dios. Nosotros somos cooperadores de Dios. No por deber, sino por la exigencia intrínseca de la caridad. En este sentido el Evangelio y la caridad van juntos y no se contraponen en absoluto, porque la obra expresa el amor de Dios por el hombre. Esta preocupación no puede ser una ley, una obligación que se impone desde lo alto, sino más bien una inspiración interior que anime toda nuestra actividad y encuentre las respuestas — nunca uniformes ni preconcebidas— a las diversas problemáticas que se nos presentan. De este modo, el servicio de caridad se convierte también en una forma de evangelización, precisamente hoy que quizá son más quienes gozan de nuestros servicios de quienes van a la iglesia. El Papa esta mañana lo dijo con una frase que nos concierne a todos: «Todos juntos, contribuimos concretamente a la gran misión de la Iglesia de comunicar el amor de Dios, que desea extenderse». La formación de nuestros agentes en este sentido es un imperativo, como han aconsejado varios oradores, comenzando por el Dr. Thio.

7. El testimonio también incide en la situación social y política en la que vivimos. Es preciso considerar también esta dimensión, aunque no sea la dimensión propia de la Iglesia. Pero la relevancia política de la caridad es un hecho que hemos podido constatar en numerosas ocasiones. Una consecuencia es la creación de un espacio público en el cual podamos llevar la novedad cristiana a ser el alma en el mundo y, por eso, un espacio en el que se defienda la dignidad de la persona. Por otro lado, el card. Tagle hizo hincapié en el hecho que la política de por sí indirectamente divide, mientras que la caridad es universal. Esto requiere nuestra atención: la búsqueda de la justicia no debe comprometer nuestra llamada a la comunión. Gracias a nuestra

presencia concreta las situaciones pueden cambiar, porque puede cambiar la persona. Permítanme que haga referencia al gran trabajo de reconciliación que podemos llevar a cabo, incluso en situaciones delicadas, como nos testimonió el Sr. Moussali refiriéndose a su experiencia en Siria.

8. Para concluir, una última consideración: reforzar la teología de la caridad. El tema ha sido presentado detalladamente, y desearía que realmente se relejese en cada uno de nuestros lugares de trabajo, porque merece un ahondamiento. Hemos conocido la experiencia de la primera *Caritas* del mundo, la alemana, fundada en 1897. En la misma Friburgo de Brisgovia en 1925 se instituyó una cátedra en la facultad de teología para reflexionar sobre la praxis de la caridad. Quiere decir que la acción necesita un acompañamiento teológico específico, que no es sólo el de la doctrina social, como explicaba el prof. Gehrig. En efecto, esta última concierne a actividades que tienen como sujeto la sociedad, mientras que la actividad caritativa tiene como sujeto la Iglesia. Esta es la verdadera cuestión: la Iglesia es sí una sociedad visible, pero no es sólo una sociedad visible. Por este motivo la vida eclesial responde a criterios diversos respecto a la simple vida social: por eso es necesaria una reflexión —también en el campo de la caridad— que respete esta peculiaridad. En este ámbito es posible responder a la pregunta sobre el vínculo entre amor humano y amor divino, sobre la dimensión eclesial, sobre el arraigo cristológico del servicio de la caridad, justamente en cuanto servicio eclesial. Deseamos proponer concretamente que en cada uno de nuestros países haya un lugar en el que se ahonde en la teología de la caridad y, antes aún, que en nuestros organismos se haga una reflexión sobre los criterios que inspiran nuestra acción. Es urgente que en la formación teológica, especialmente de los presbíteros, exista una formación específica a la caridad. Puesto que el servicio de la caridad es esencial para la Iglesia, no podemos descuidarla en la formación de los futuros sacerdotes, tanto para que se sientan investidos de ella, como para aprender las metodologías y modalidades operativas necesarias.

Afirmaba el card. Müller que en esta hora histórica no son tanto «las reservas intelectuales», sino «una falta de confianza en el amor divino, que es quien cambia el mundo y da esperanza» lo que genera tanta lejanía de la Iglesia. Por esta razón es esencial nuestra actividad, que en cambio resalta la caridad de Dios.

En todas estas instancias nuestro Consejo pontificio *Cor Unum* desea ofrecer su ayuda y apoyo. Doy las gracias de corazón a todos aquellos que han contribuido de varias maneras a la realización de este congreso, en particular a nuestro *staff* del Dicasterio, a los intérpretes, los periodistas y especialmente a quienes han participado

y quieran hacerse portadores del mensaje de nuestro congreso en sus respectivas Iglesias locales.